

Clásicos y malditos

Mónica Bibbó - Paula Labeur - Laura Cilento

Clásicos y malditos

Para leer y escribir en lengua y literatura

Colección
Nuevos Paradigmas

 **Lugar**
Editorial

Bibbó, Mónica

Clásicos y malditos : para leer y escribir en lengua y literatura / Mónica Bibbó, Paula Labeur y Laura Cilento. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Lugar Editorial, 2014.

184 p. ; 23x16 cm. (Nuevos Paradigmas)

ISBN 978-950-892-458-2

1. Lengua. 2. Literatura. 3. Obras Clásicas. I. Paula Labeur II. Título CDD 807

Diseño de tapa: Silvia C. Suárez

Diagramación: Cecilia Ricci

Edición: Mónica Erlich

© Mónica Bibbó, Paula Labeur y Laura Cilento

Queda prohibida la reproducción total o parcial de este libro, en forma idéntica o modificada y por cualquier medio o procedimiento, sea mecánico, informático, de grabación o fotocopia, sin autorización de los editores.

ISBN: 978-950-892-458-2

© 2014 Lugar Editorial S. A.

Castro Barros 1754 (C1237ABN) Buenos Aires

Tel/Fax: (54-11) 4921-5174 / (54-11) 4924-1555

E-mail: lugar@lugareditorial.com.ar

www.lugareditorial.com.ar

facebook.com/lugareditorial

Queda hecho el depósito que marca la ley 11.723

Impreso en la Argentina – Printed in Argentina

Índice

Prólogo. Acerca de los clásicos y malditos

Paula Labeur 11

Clásicos

Algo más que molinos de viento

Mónica Bibbó 23

Cómo transformar lo desconocido en conocido

Laura Cilento 43

Trabajos prácticos

Paula Labeur 61

Describir la ceniza en Marte. Un juego para lectores cómplices

Mónica Bibbó 81

Malditos

Coherencia y cohesión o viceversa y todo lo contrario

Paula Labeur 109

Palabras de comedia: que la vida parezca un juego

Laura Cilento 125

Experiencias de aula. Con la poesía al alcance de la mano

Mónica Bibbó y Paula Labeur 145

La evaluación no es un epílogo

Mónica Bibbó 165

Historia

Un cronopio pequeñito buscaba la llave de la puerta de la calle en la mesa de luz, la mesa de luz en el dormitorio, el dormitorio en la casa, la casa en la calle. Aquí se detenía el cronopio, pues para salir a la calle precisaba la llave de la puerta.

Julio Cortázar, *Historia de cronopios y de famas*

Prólogo

Acerca de los clásicos y malditos

Paula Labeur

Como todos los días desde que empezó este cuatrimestre, F. sale corriendo del trabajo para llegar más o menos a tiempo a las clases teóricas de las materias que cursa. No siempre lo logra, pero las más de las veces se cuela en el aula un minuto antes de que los profesores comiencen con el tema de ese día. Ese martes no fue la excepción y mientras empujaba la puerta y se descolgaba la mochila, F. alcanzó a escuchar que la profesora de Didáctica Especial de Letras decía:

“A ver, un poco de silencio...Ya vamos estando todos, ¿no? ¿Esperamos otro ratito?”

Buen...vamos empezando. Buenas tardes a todos. Bienvenidos. Sin mayores preámbulos vamos a empezar contándoles una historia. La historia se titula ‘El enigma del cuartito de la basura’ y ocurrió hace pocos días en un edificio del conurbano bonaerense.”

F. pensó que había terminado de acomodarse en el banco. Lo que no sabía era que durante el relato se reacomodaría una y otra vez intentando conjurar una sensación de extrañeza.

En la división de las tareas cotidianas, al marido de mi amiga le toca sacar la basura, comenzaba a contar la profesora.

Se dirige al cuartito donde depositan sus residuos todos los vecinos del décimo piso, deja la bolsa y vuelve diciendo que allí hay unas cuantas cajas con libros. “Deben ser montones de números viejos de *Selecciones*¹ –dice mi amiga– que no da mayor trascendencia al asunto mientras sigue lavando los platos.

1. En formato de bolsillo e ilustrada, la revista *Selecciones* publica artículos originales, artículos resumidos o reimpressos de otras revistas, resúmenes de libros, colecciones de chistes, anécdotas, citas y otros escritos breves y consejos para vivir mejor. El

Su marido –otra de cuyas tareas cotidianas es llevarle la contra a mi amiga– vuelve al cuartito a ver si mi amiga tiene razón o se equivoca. Y resulta que se equivoca porque cuando el marido vuelve con la primera caja prolijamente ordenada salen de ella *La dama boba* de Lope de Vega, el *Amadís de Gaula*, el *Libro del Conde Lucanor* con un prólogo de Germán Orduna muy subrayado, *Diez siglos de poesía castellana* editado por Alianza, la edición de Eudeba de *Las novelas ejemplares* de Cervantes junto a la primera parte del *Quijote*, el *Lazarillo de Tormes* y *El barbero de Sevilla*. Pero no son estos todos los clásicos españoles que guarda la caja. También se encuentran *Peribañez y el comendador de Ocaña*, una selección de *Romances viejos de España y América*, de editorial Kapelusz, *El libro de la Diana*, de Montemayor y *La vida es sueño*.

Lo tengo, lo tengo, lo tengo...–va diciendo mi amiga–. Cuando son tantos los “lo tengo” piensa que esa caja reproduce su cursada de literatura española...hace tiempo.

El marido –que ya sonrío socarronamente– va por una segunda caja. En ediciones caras, salen *El camino de Swan, Rojo y negro*, novelas y cuentos de Voltaire, *El avaro* y *Don Juan* de Moliere, *El extranjero*, una antología poética de Brassens, *Eugenia Grandet*, varias tragedias de Racine, *La taberna* y *Nana* de Zola, *El cuento del Grial* de Chrétien de Troyes, *Todo Ubú*, dos libros de Antonin Artaud, tres novelas de Marguerite Yourcenar, *Opio* y *El libro blanco* de Jean Cocteau, *La inmaculada concepción* de Paul Eluard y André Breton, *Un corazón simple* de Flaubert, *El hombre que ríe* y *Nuestra señora de París* de Víctor Hugo y *Los monederos falsos* de André Gide. También se hallan *El mirón* de Alain Robbe Grillet, *La princesa de Cleves* de Madame de la Fayette, *Las sirvientas* de Genet, *Los himnos a la noche* de Novalis y *La ilusión cómica* de Corneille.

original norteamericano, *Reader's Digest*, es de 1922. En 1940 apareció la primera edición de *Selecciones* editada en La Habana y distribuida en Latinoamérica. Su precio original era de un cuarto de dólar estadounidense o su equivalente en la moneda nacional. En 1950 surgió otra edición publicada en Buenos Aires que vendía Sudamérica, mientras que la versión cubana se distribuía en las Antillas, Centroamérica, España (hasta 1952 cuando surge una versión local) y México. Tras la revolución cubana las oficinas se trasladaron a Buenos Aires hasta inicios de 1960, cuando *Selecciones* pasó a tener cuatro ediciones: la mexicana, la andina (editada en Santiago de Chile), la centroamericana (editada en Costa Rica) y la versión rioplatense (editada en Argentina). Todas las ediciones mantenían la visión conservadora y optimista del original.

Mi amiga categoriza este hallazgo como una cursada de literatura francesa ya que ella tiene todos esos volúmenes en las mismas u otras ediciones que recuerda haber comprado cuando estudiaba Letras en la década del 80.

Algo de la literatura escrita originalmente en lengua inglesa y traducida al español se aloja en la tercera caja: *Ivanhoe* de Walter Scott, *La caza del snark* de Lewis Carroll, *El retrato de Dorian Gray*, *Huckleberry Finn*, *Un mundo feliz*, *Las aventuras de Oliver Twist*, *Tom Jones*, *Orgullo y prejuicio*, *Cumbres borrascosas*, *El gran Gatsby*, *A sangre fría*, *Tropico de Cáncer*, dos novelas de Henry James, *Tiempos difíciles*, los *Cuentos de Canterbury*, *En el camino*, *El paraíso perdido*, *Pamela* de Richardson y *Shamela* de Fielding. La caja guarda también una novela de Theodore Dreiser en inglés y una *La montaña mágica* en la misma edición cara que las *Obras completas* de Poe. El *Werther* de Goethe, *Los Buddenbrook* de Thomas Mann y *El tambor de hojalata* de Günter Grass están también en esta caja.

Hay que decir a esta altura que los libros están prolija o amorosamente acomodados: el volumen de cada uno se va adaptando al volumen de los otros en las cajas. El espacio está muy bien aprovechado y cada libro parece no sufrir ninguna violencia.

Mi amiga ya va pensando que podría donar todos estos libros que duplican su biblioteca a una biblioteca popular, a una escuela, cuando su marido aparece con la cuarta caja que resulta más ecléctica y menos panorámica que las anteriores. La cuarta caja guarda *Conciencia y estructura* de Masotta, *El Edipo africano*, una selección de artículos de psicoanálisis, el diccionario *Vox* de latín con su suplemento de gramática en una edición del año 1972, otra gramática latina editada en el año 70, la *Filosofía* de Marcuse, la *Apología de Sócrates* de Eudeba, *Fonética* de Bertil Malmberg, *Teorías contemporáneas del aprendizaje* de Winfred Hill, *Teoría del conocimiento* de J. Hessen, tres guiones del cineasta Antonioni, *Los últimos días de Pompeya*, Los avispones de Peter Handke, las *Memorias* de Casanova y la parte final de un libro de morfosintaxis, que tiene el capítulo de las proposiciones incluidas subrayado.

Como se ve, mi amiga ya no mira solamente tapas y lomos. Ya ha empezado a hacer correr las hojas de los libros que van saliendo de las cajas. Muchos de los prólogos están subrayados. También hay marcas en los textos, menos que en los prólogos, pero hay. ¿Quién los ha marcado?

Mi amiga recorre las portadas. En ninguna de ellas hay un nombre. Ningún libro tiene *ex libris*, ningún libro tienen ninguna otra marca de pertenencia que los subrayados. No hay tampoco nada dentro, ni una foto, ni un billete, ni una entrada de cine, ni un boleto, ni un papel de chocolate. Como perdido en una de las cajas un pequeño álbum de fotos tamaño 13 x 8 con paisajes, solo paisajes, ninguna persona en ninguna fotografía, ningún escrito en la parte de atrás que recuerde el lugar y la fecha.

En la quinta caja aparecen veinte libros de la colección Capítulo, del Centro Editor de América Latina. Mi amiga recuerda cuando cruzaba desde la facultad de Filosofía y Letras en la calle Marcelo T. de Alvear² al local del Centro Editor cuando salía de cursar para aprovechar las ofertas de saldos y se alegra de poder completar esa raleada colección que tiene. En la quinta caja se encuentran además revistas *Capítulo* sobre teatro argentino y literatura gauchesca, dos Onetti: *Los adioses* y *Tiempo de abrazar*; siete Arlt: *Los lanzallamas*, *El jorobadito* y una selección de las *Aguafuertes porteñas* y *El juguete rabioso* en dos ediciones y *dos selecciones de sus obras de teatro*, tres revistas *Hyspamérica* de literatura, *Los desterrados*, los *Cuentos porteños* de Bernardo Kordon y *Ceremonia secreta* de Marco Denevi. Se encuentran también varios números de libros de tapa dura del club Bruguera y la *Poesía gauchesca argentina* de Augusto Cortazar y la *Poesía popular y poesía gauchesca de Félix Weinberg*.

Mi amiga ya no piensa en donar todo. Van sumando bastante los libros que no tiene y hay algunas ediciones muy buenas. Las colecciones le ayudarán a completar las suyas, incompletas.

De pronto, otra sorpresa. En la sexta caja están los nueve tomos de la *Historia de la literatura argentina* de Ricardo Rojas. El marido de mi amiga consulta en *Mercado libre* a cuánto se vende esta obra completa y con los resultados a la vista mira con mucho entusiasmo a la caja, más que a su contenido que lo tiene sin mayores preocupaciones. Mi amiga avizora una charla por lo menos apasionada respecto del destino del contenido de la sexta caja.

La séptima caja contiene la colección casi completa de la *Historia de la literatura*, de *Capítulo* y la octava un año completo, 1982, de la revista

2. En la década del 80, la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires se encontraba en el edificio de la calle Marcelo T. de Alvear (y Uriburu) en el que hoy funciona parte de la Facultad de Ciencias Sociales. Cruzando Marcelo T. de Alvear se encontraba el Centro Editor de América Latina que ofrecía todas sus colecciones a precios muy accesibles.

Humor más un revista *Gente* en la que aparece la producción fotográfica del Oscar a la mejor película extranjera, *La historia oficial*, del año 1985. Poemas de Pessoa, *Poesía precolombina* con selección y notas de Miguel Angel Asturias y una antología surrealista completan la octava caja. Con las ocho cajas abiertas, mi amiga hace cuentas. Las ediciones más viejas son de la década del 70 y las más nuevas, de los primeros años de la década del 80 junto con la colección de *Humor* de 1982 y la única revista *Gente* de 1985.

¿Qué no hay? –se pregunta mi amiga con los brazos en jarra–. No hay nada de Cortázar, Borges, García Márquez, Vargas Llosa, Carlos Fuentes, Juan Rulfo. Algo raro teniendo en cuenta los años de edición de los libros descubiertos. Y se formula otras preguntas: ¿De quién es esta biblioteca o esta parte de biblioteca? ¿Por qué abarca este lapso temporal? Son libros de ediciones de la década del 70 hasta el 82 más una única revista del año 85. ¿Quién ordenaría los libros y las revistas así? ¿Las cajas responderían a estantes de una biblioteca? ¿Cómo aparecieron las revistas allí? ¿Por qué ahora alguien (¿su dueño?) deja esta biblioteca (o esta parte) en el cuartito de la basura? ¿Quién acomodó tan amorosamente estos libros para dejarlos en un cuartito de la basura?

En este punto la profesora se detiene; no así el lector de este prólogo: *¿Y si antes de dar vuelta la hoja corre a buscar una birome y escribe un texto narrativo con el formato que prefiera, que de alguna manera más o menos explícita o más o menos elíptica responda a esas preguntas tal como hizo F. aquel martes de esta historia?*

El enigma que usted acaba de leer (y quizás resolver) es la primera parte de una actividad que se les propuso a los alumnos de profesorado en Letras³ para revisar con ellos, que se están formando como lectores especializados, la relación que sostienen con la lectura como práctica sociocultural. Acostumbrados a leer y analizar textos, estos alumnos no piensan en general en la lectura como un objeto de reflexión. Al contrario, como una práctica cotidiana, la lectura, la actividad de leer, aparece para ellos totalmente naturalizada.

Obligados por la consigna (“Escriba un texto narrativo con el formato que prefiera, que de alguna manera más o menos explícita o más o menos elíptica responda a esas preguntas”) los alumnos en cuestión eligieron escribir cartas y noticias periodísticas. Más allá del formato elegido, todos coincidieron en suponer que el dueño/a de (parte de) la biblioteca era un estudiante de Letras. Como los que escribieron los textos. Quizás como usted, que está leyendo este prólogo (¿y escribió un texto para resolver el enigma?).

Con los textos producidos durante la clase se devela entonces, no el enigma del cuartito de la basura, sino el objetivo de la actividad: empezar a pensar en las representaciones de lectura que sostienen estos alumnos, lectores especializados.

Tanto los textos producidos como el debate posterior alrededor de su lectura permiten empezar a pensar en aquello que pensamos sin darnos cuenta de que lo pensamos. Dicho de otro modo, escribir y analizar los textos producidos nos permite evidenciar las representaciones sobre la lectura que estos alumnos tienen y cómo se piensan como lectores.

Quizás es una experiencia que usted también puede hacer, confrontando el texto que escribió (o pensó) con lo que sigue.

- Todos los textos y las participaciones en la discusión posterior suponen que la biblioteca pertenece a un alumno de Letras, alguien que es definido como aquel que tiene una relación pasional con los libros. En esta representación, estudiar Letras y la pasión por los libros aparecen como conceptos indistintos que parecen dejar fuera de esa relación pasional a todos aquellos -los

3. La actividad fue llevada a cabo en el marco de la Didáctica especial y prácticas de la enseñanza en Letras (Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires) y la Didáctica de la lengua y la literatura (IES N° 1 “Dra. Alicia Moreau de Justo”, CABA) durante el ciclo lectivo 2011.

lectores en general- que no estudian Letras. Resulta difícil pensar que por fuera de los estudios sistemáticos la gente lee y lo hace con pasión.

- Y resulta imposible pensar que alguien en sus cabales y en la plena posesión de todos sus derechos tiraría a la basura una colección como la que se encuentra en el cuartito. Muerte, desaparición forzada, huida vertiginosa son los motivos que aparecen en los textos para justificar que un estudiante de Letras se haya separado de esos libros de los que se ha separado quien los dejó en el cuartito⁴.
- La organización por cursadas, que es una organización por literaturas nacionales en un orden más o menos cronológico, aparece como un orden lógico que se replica en cada cursada que dialoga con las otras. Ordenar los libros por literatura argentina, latinoamericana, francesa, inglesa, alemana resulta un orden casi “natural”. Se dificulta ver que por fuera de este orden hay otros tan legítimos como ese: ordenar por autor, por tamaño, por colores, por momento de llegada a la biblioteca, por temas...
- Estas cursadas a las que responden las organizaciones de las cajas, a la vez, se modifican solo muy levemente a lo largo de los años: quien tira los libros que compró en los 70/80 ha leído lo mismo que la persona que los encontró, que cursó en los 80 y lo mismo que leen los alumnos que ahora escuchan el relato y que están cursando en los últimos años de la primera década del siglo XXI. Esta permanencia establece una especie de absoluto: se constituye en lo que hay que leer, en lo que debe ser leído, ya que es lo que leen, cursada tras cursada, quienes estudian Letras. Esta construcción vuelve sobre sí misma y reconfirma entonces que quienes leen estos libros son los que, efectiva y legítimamente, leen: los estudiantes de Letras.
- Los estudiantes de Letras leen, entonces, lo que hay que leer, mientras los que no estudian Letras leen otras cosas, sean estas aquellos libros que no entran en el absoluto de la carrera o los que la academia legítima o revistas y otros textos de circulación general que un estudiante de Letras lee solamente porque se

4. En conversaciones informales, después de realizada esta actividad, muchos estudiantes o profesores en Letras se lamentan de no haber sido ellos los que encontraran esas cajas. ¿Usted también se lamenta?

relaciona con alguna cuestión que está en su campo de estudio⁵. La especialización en la lectura es, entonces, también un recorte de aquello que debe ser leído.

- Ese absoluto que constituye lo que hay que leer lo aleja de su valor monetario, un valor que tienen en cuenta los otros, los que no estudian Letras. El valor “específico” como obra de arte no entra en discusión con el valor de mercado⁶.
- El subrayado de los libros delata a un estudiante de Letras que lee con un lápiz/birome en la mano: los lectores “comunes” no subrayan. Si subrayar es “identificar lo importante” en un texto, son entonces los estudiantes de Letras los que saben qué es lo importante.

Organizar estas representaciones –que por supuesto se enuncian aquí sin los matices que pudieran tener– nos sirve para sistematizar y analizar un modo posible de lectura que se presenta en el ámbito académico de los estudios en Letras como el modo legítimo. Que evidentemente lo es en el ámbito en el que se desarrolla, pero que complica pensar en otros modos legítimos en otros ámbitos que no se plantean la lectura de literatura u otros textos desde el lugar del especialista en Letras. Y esos otros ámbitos son innumerables, extensísimos, muchísimo más extensos que el de la formación específica en Letras. La escuela secundaria es solo uno de esos otros ámbitos: una institución hoy obligatoria que tiene la responsabilidad de incluir, de abrir las puertas del mundo de la cultura letrada a muchos, quizás lectores que no serán necesariamente especialistas en Letras. Jóvenes y adultos que pueden explorar usos desconocidos y ajenos, descubrir pasiones, leer el mundo desde las herramientas que les dará leer literatura y otros productos culturales con las miradas más sutiles y las herramientas apropiadas en su paso por la escuela.

Sistematizar y analizar este modo legítimo en el ámbito de la formación especializada puede constituirse –apostamos– en un primer paso para desnaturalizar este orden y verlo como una construcción cultural que puede ser reformulada. Fuera del ámbito de la carrera,

5. Si hubieran sido ocho cajas llenas de revistas *Selecciones* ¿quizás la amiga de la profesora hubiera emprendido una investigación que legitimara la lectura de ese material?

6. Cuenta la profesora que su amiga sigue discutiendo con el marido si atesoran la *Historia de la literatura argentina* de Ricardo Rojas en los ya recargados anaqueles de la biblioteca de su casa o la venden.

cuando estos especialistas se transformen en profesores y se instalen en aquellos lugares en los que deberán ser los mediadores entre los textos y otros lectores, habrá que poner en discusión esta legitimidad del ámbito con la que funciona en otros ámbitos para otros lectores que no pretenden constituirse en especialistas, ni harán de las Letras su objeto de estudio.

El espacio complejo de lo literario, atravesado por la idea de arte, de patrimonio cultural, de producción, de objeto sistemático de estudio, de mercado, de herramienta para entender el mundo, de pertenencia a una comunidad, de consumo de elite, de polémicas entre propios y ajenos es lo que en definitiva se pone en escena cuando se trata de resolver el enigma que plantean las cajas abandonadas en el cuartito de la basura. Poco importa si es o no es un estudiante en Letras el que los amontonó allí, sino que de lo que se trata es de empezar a entender los modos en los que la formación sistemática acomoda sus contenidos en cajas para –en el pasaje de alumno a profesor– reclasificarlos. Mantener, desechar, reacomodar, poner en duda, volver a leer legitimando otras miradas serán las operaciones necesarias –decimos– para sacar o no a los libros del cuartito de la basura y ponerlos a disposición de nuevos lectores.

Pero el enigma del cuartito de la basura tiene una coda que no se dio a conocer en la clase a la que referimos hasta aquí.

Esta historia, más allá de todas las tremebundas soluciones que le encontraron los estudiantes de Letras, termina de una manera bastante menos trágica. Sabemos el final porque la persona que encontró las cajas inició pesquisas de sabueso y conectando piso con habitantes y habitantes con encargado logró enterarse de que quien había tirado las valiosas cajas era efectivamente un profesor en Letras como todos habían supuesto. Su característica era que nunca había ejercido la docencia. Pasados los años y cuando su madre debió mudarse, metió casi toda su biblioteca de estudiante de Letras en cajas y la dejó en un cuarto, como basura. Cuenta su madre que sigue siendo un apasionado lector y que antes de tirar los libros rescató algunos que llevó a su casa actual en dos bolsas de consorcio que no cumplían con el orden que tenían las cajas.

Esta pequeña coda nos permite asomarnos a otros dos problemas.

Si seguimos hipotetizando con la misma historia, podemos imaginar que aquel que no ejercería como profesor conservó en su biblioteca, la que se llevó a su casa, aquellos libros que nos parecía que faltaban en una formación sistemática y especializada. Que los conservó

y los sumó a otros que siguió leyendo aunque no lo hiciera para trabajar como docente. Los que sí trabajamos como docentes de lengua y literatura, ¿cuántos otros textos hemos seguido leyendo después de recibirnos (o mientras tanto, en los huecos que nos dejaba la formación específica)? ¿Cómo los hemos ordenado en nuestras bibliotecas? ¿Están esos libros mezclados con los de la formación especializada discutiendo legitimidades o están aparte? ¿Son los libros que bajamos de los estantes para llevar a la escuela y compartir con nuestros alumnos o a la escuela solo llevamos lo que el estudiante del cuartito de la basura dejó en el cuartito de la basura? Dicho de otro modo: lo que llevamos a la escuela para compartir con nuestros alumnos ¿son los libros que hemos elegido como lectores o son aquellos que nos han formado como lectores especialistas y docentes de lengua y literatura?

Otra hipótesis para pensar el segundo problema. Porque no trabajó como docente de lengua y literatura, nuestro profesor del cuartito de la basura dejó allí los libros que hubiera llevado a la escuela para formar lectores. Los que sí trabajamos en la escuela, ¿llevamos esos libros que nos han formado como lectores especializados? Esos libros ¿dialogan con aquellos otros libros que ya leen nuestros alumnos? ¿Dialogan con otras producciones culturales en las que nuestros alumnos se mueven como peces en el agua? ¿Qué tiene para decirles a esas producciones culturales nuestra formación sistemática para enriquecer las lecturas de nuestros alumnos, lectores en formación? ¿Revolvemos las cajas del cuartito, las reordenamos, las mezclamos con otros textos que quizás apasionan a nuestros alumnos más allá de que estos textos no pasen la prueba de legitimidad de la formación especializada? ¿Aceptamos otras legitimidades en la construcción de lectores para discutir textos y modos de leer que nos permitan a docentes y alumnos intentar decodificar el mundo desde el prisma que nos provee la lectura de textos diversos? ¿Volvemos a aquellas conmociones que nos causaban los textos cuando no éramos especialistas? ¿Compartimos emociones con nuestros alumnos siguiendo los derroteros de los personajes más allá del principio constructivo? ¿Volvemos a comprometernos con el “como si” como cuando empezábamos a asomarnos a la literatura? ¿Cómo nos relacionamos con aquellos textos que “funcionan” en la escuela, pero que no pasan (¿todavía?) la “prueba de la legitimidad”?

Todas estas hipótesis y todas estas preguntas son las que dan origen a este libro: *Clásicos y malditos*. Seleccionamos una serie de “clásicos” escolares: el *Quijote*; de Julio Cortázar, *Rayuela* y cuentos; algunos géneros breves y la descripción. Y una serie de “malditos”, aquellos textos

que siguen discutiendo su lugar en la escuela al costado de los textos narrativos ficcionales: el ensayo, el teatro y la poesía.

En la sección de los clásicos, contar el *Quijote* en clase para detenerse a leer y producir desde algunos capítulos es una invitación para visitar un clásico que vuelve a interpelarnos desde una actualidad que le da la lectura compartida con nuevos lectores y sus actuales preocupaciones.

Estática o dinámica, objetiva o subjetiva, con más verbos que ser, estar y parecer la descripción llega al capítulo dos de la mano de la utopía para renovar las posibilidades de decir cómo son las cosas que nos rodean y cómo podrían ser si nos detenemos a imaginarlas. Y a explicarlas a los demás con el rigor de un artículo enciclopédico.

De las ciudades inventadas a la nuestra: en el capítulo tres habrá que salir a recorrer las calles o la escuela provistos de lápiz, papel, celular o cámara de fotos para dar cuenta de todo lo que dicen las paredes cuando alguien se detiene a mirarlas. La investigación resultante nos pondrá en contacto con una serie de géneros hiperbreves que darán largo aliento a la escritura.

Y mientras tanto... ¿encontraremos a la Maga? El capítulo cuatro contesta esta pregunta desde un proyecto de lectura que no solo permite elegir la lectura convencional de *Rayuela* o la del tablero, sino que extiende este último hacia otros textos, otros juegos, otras invenciones.

En su sección, los malditos animan a ensayar lógicas disparatadas, en el capítulo seis, para terminar atrapando los conceptos de coherencia y cohesión en un ensayo que apuesta a la seriedad del humor. Esa apuesta está también detrás de la visita al teatro: leer y escribir con *Mustafá* permitirá, en el capítulo siete, recorrer aquellos procedimientos con los que el humor nos hace pensar más seriamente en lo que pasa a nuestro alrededor. Los malditos también afirman que poesía eres tú o vos o yo o nosotros cuando proponen en el último capítulo, leer, mirar, escribir, escuchar, dibujar, hacer oír poemas que aparecen donde menos se los espera.

Así elige y organiza a los clásicos y malditos este libro. Sin embargo, en la práctica cotidiana, en el día a día de la escuela, en las horas de lengua y literatura se produce algo de aquello que cuenta César Aira en “El ensayo y su tema”:

En los años setenta era casi obligatorio, tanto que con algunos amigos habíamos pensado en ofrecerle a las usinas editoriales de ensayo un procedimiento simple para producir títulos. Consistía de una grilla

hecha a partir de dos líneas en ángulo recto, sobre las que se escribían dos veces, en la vertical y en la horizontal, la misma serie de términos, extraídos del fondo común de interés de época./.../ Bastaba con poner el dedo en uno de los cuadritos así formados, remitirse a la abscisa y la coordenada, y ya había un tema: Imperialismo y Psicoanálisis, Plusvalía y Lucha Obrera, o lo que fuera. Por supuesto, había que tomar la precaución de no elegir una casilla de la diagonal central, en cuyo caso podía salir algo como Capitalismo y Capitalismo. Lo que, pensándolo bien, habría tenido su originalidad.

Como si estuviera en la diagonal central, con total facilidad un clásico puede volverse, en el anquilosamiento de lecturas, un verdadero maldito. Y allí tendremos al *Quijote*; de Julio Cortázar, *Rayuela* y cuentos; algunos géneros breves y la descripción. Por su parte, algunos malditos ocupan el lugar de clásicos en su constante presencia en la escuela: el ensayo, el teatro y la poesía. Y así es que este libro también los organiza de ese modo.

Es entonces a esos clásicos y malditos, o malditos y clásicos, o clásicos y clásicos, o malditos y malditos que nos proponemos volver en este libro para revisitarlos y, desde la perspectiva sociocultural de las lecturas y escrituras compartidas, experimentar para animarnos a ver qué ocurre.

Algo más que molinos de viento

De cómo puede salirse airoso con la lectura de Don Quijote de la Mancha y otras actividades dignas de ser propuestas

Mónica Bibbó

Nos demos cuenta o no todos los profesores tenemos algo histriónico. Al igual que los artistas nos paramos frente a un grupo de personas y durante unos cuantos minutos somos el centro de la atención de esos alumnos que como espectadores estarán más o menos pendientes de nuestras palabras, ropa y movimientos. Como los actores, esperamos que ese público sea receptivo, atento, afable. Quizás, al igual que los actores hayamos sentido pánico escénico en nuestras primeras intervenciones docentes, y de igual manera que los artistas, conocemos “la letra” de la clase que tenemos que dar.

La oralidad como modo de apropiación

Uno de nuestros objetivos como mediadores de lectura es que los chicos lean y si esa lectura se hace en clase, probablemente nos haya ocurrido alguna vez que cuando somos nosotros quienes llevamos la voz lectora, al levantar la vista encontramos que algunos alumnos dejaron de seguir la lectura y solo nos están escuchando. Seguramente, alguna vez habremos hecho alguna pregunta para constatar si ese chico que no leía, había estado atento, y resultó que sí, que podía contarnos mejor que cualquiera que había seguido la lectura con la vista. Entonces, escuchar a un buen lector es también un modo de apropiación de un texto.